

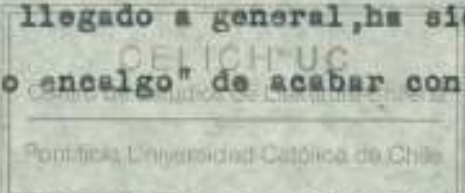
1883  
1183/1264

CARTA A UN CHINO

No se si ustedes conocieron a Chan-Pu, el chino que tenia en Iquique una pequena casa donde vendia cajitas de sándalo, palillos para los dientes, ceniceros de laca y otros artículos no menos importantes, y que desapareció inopinadamente hace años a raíz de una campaña contra el opio.

Nadie al verlo insignificante y sonriente tras el mostrador hubiera imaginado que la suerte le llamaba a altos destinos. ¡Así son las cosas de este mundo!

Ayer he recibido en un imponente sobre rojo, con timbre dorado y olor a menta insoportable, una esquela de papel de arroz en que mi amigo Chang, despues de advertirme que está vivo, me cuenta que ha tomado parte en cuatro revoluciones, ha llegado a general, ha sido nombrado Gobernador y ha recibido el "honroso encargo" de acabar con toda la población de una provincia rebelde.



Su deseo - "el colazón del comerciante es bondadoso", según dice Chan - sería exterminar a los revoltosos por medio del hambre, que es el procedimiento más barato; pero como son cuatro millones y la provincia es muy productiva, no encuentra la manera de proceder en forma rápida al logro de su propósito y apela a mi sabiduría de chileno - "nadie como los chilenos para hacer un mal gobierno" - en demanda de consejo.

Le he contestado a vuelta de correo:

"Honorable señor Chang:

Permítame felicitarlo por su nombramiento de Gobernador y agradecerle, al propio tiempo, la confianza con que me honra al solicitar la ayuda de mis modestas luces para indicarle la manera de hacer una pésima administración en la provincia de su digno cargo. También yo estoy vivo, a despecho de media docena de revoluciones y de un hambre y una cesantía que ya se quisiera usted para sus subditos.

Al hambre y a la cesantía las llamamos aquí en Chile "conquistas



ideológicas" y espero que no olvide este eufemismo, cuando tenga que dar cuenta de cosas parecidas en sus publicaciones oficiales.

Si estuviera en mi mano, le enviaría un lote de hombres nuevos que nos sobran y que tienen ya la suficiente práctica en el ramo. Desgraciadamente están tan ocupados, dando los últimos retoques a la obra de destrucción ya terminada, que no hay manera de apartarlos de su empeño.

Pero si no puedo mandarle los especialistas puedo enviarle, a lo menos, la receta: use usted el sistema socialista.

Creo ver que arruga la naricilla y se alza de hombros como diciendo: - ¡Qué sé yo de socialismo! - Pues, mejor. El socialismo tiene la rara particularidad que no requiere ciencia alguna. Para abrazar con entusiasmo su doctrina es condición "sine qua non", a lo menos en Chile, no conocer la historia, ni la geografía, ni la estadística, ni las finanzas, ni siquiera el carácter, netamente individualista, de la raza. Desde el momento mismo que uno sabe que Chile es un país pobre y pequeño; que necesita capitales para su industria incipiente; que vive del crédito; que sobre un total de dieciocho mil millones en que puede estimarse su riqueza once mil están en manos de extranjeros, y de los siete mil que restan a los criollos, se adeudan cuatro mil a otras naciones, el socialismo resulta una ridiculez. Es posible que en su provincia suceda lo mismo. Aproveche, usted, entonces la ignorancia enciclopédica de que está dotado y afirme que va a aplicar el régimen socialista sin contemplaciones.

Al solo anuncio de que los bienes ajenos son una función social y serán respetados sólo hasta cierto punto, los capitalistas extranjeros recogerán su oro y pondrán pies en plvorosa. Los que no puedan llevarse lo ocultarán.

Con la baja del cambio consiguiente a este primer triunfo ideológico los productos subirán al doble y el hambre comenzará a hacerle cosquillas



en el estómago a la población.

Es el momento que usted debe utilizar para establecer el control de precios.

Ante la risueña expectativa de renunciar a sus ganancias en obsequio de la colectividad, los almaceneros recurrirán a una serie de artimañas más o menos fraudulentas que les permitan resarcirse, no solo de las pérdidas, sino de los peligros de multa y de prisión con que usted les amenaza.

De ese modo, los artículos subirán un poco más.

Pero si el control es enérgico y verdaderamente efectivo, los comerciantes no tendrán otro recurso que ocultar la mercadería, dejándola para el consumo de los suyos, o cerrar sus almacenes.

Con esto el hambre subirá de punto.

Ha Naturalmente, las medidas de control las aplicará usted sólo a sus connacionales. Con los extranjeros tendrá que hacer la vista gorda para no verse envuelto en una serie de reclamaciones diplomáticas que le costarán más indemnizaciones que pelos tiene en la cabeza. No dé importancia a esta cuestión, porque es cosa sabida que las conquistas ideológicas, a la inversa de las territoriales, arruinan generalmente al vencedor.

Una vez que haya acabado con el comercio nacional y los cesantes no le dejen a sol ni a sombra, pidiéndole un mendrugo, publique usted que va a impedir la exportación del trigo y a fijarle un precio bajo, a fin de que los agricultores renuncien a sembrarlo.

El resultado no es inmediato, pero en cambio, es seguro: al año siguiente no habrá pan y se presentará a sus súbditos la agradable disyuntiva de nutrirse de cebada - alimento que pone muy nervioso - o estirar la pata.

Todo esto debe usted combinarlo con disposiciones en contra de las personas que tengan un pariente loco, con fuertes contribuciones a los que trabajan, persecuciones a los que compran a buen precio el oro de los lav



deros y otras medidas encaminadas a desesperar a la población y aumentar la cesantía. El dinero que logre recoger por estos medios, gástelo usted sin tasa ni medida en proteger a sus amigos, en banquetes, en soplones, en diarios que lo aplaudan y en otras inutilidades más o menos gratas a su autoridad.

Con todas estas conquistas ideológicas es probable que el valor de la moneda baje a cero y sus subditos mueran a montones; pero, si a pesar de todo subsiste aún alguna industria que dé trabajo a varios individuos asístele el golpe de gracia socialista. Llame al más torpe de sus inspectores y dígame que imponga a la industria la obligación de pagar a los obreros un salario tres veces superior.

La medida es segura; o el industrial cierra el negocio y deja a todos en la calle o reduce el personal a la tercera parte, con lo cual los restantes pasan al albergue.

Otro recurso que usted también puede intentar si la industria está en manos nacionales - porque si el propietario es extranjero no encontrará oro suficiente para resarcirlo - es la expropiación por el Estado. Es una idea muy socialista, y tiene la ventaja de apresurar los acontecimientos, pues, no hay nada más indicado que el Estado para acabar con un negocio.

Espero, honorable Chang, que no tenga que recurrir a estos extremos; con las indicaciones que le he dado, reforzadas por la experiencia de tres meses - ¡si viera usted cómo ha quedado la ex-República Socialista de Chile! - confío en que no salve en su provincia un solo chino para contar el cuento.

A mayor abundamiento le acompaño los treinta puntos del Programa de Acción Inmediata que trató de poner en práctica la revolución. Es mejor que el sublimado.

Aplíquelo sin miedo, y disponga como siempre de su afmo."

*Año 1932*